



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

Contingencias de una memoria selectiva  
Claudia Suárez Baldo  
Letras, (9), e221, artículos, 2020  
ISSN 2524-938X | <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/letras>  
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata  
La Plata | Buenos Aires | Argentina

# Contingencias de una memoria selectiva

Por **Claudia Suárez Baldo**

[ccsuarezbaldo@gmail.com](mailto:ccsuarezbaldo@gmail.com) | <https://orcid.org/0000-0002-7172-7712>

Facultad de Periodismo y Comunicación Social  
Universidad Nacional de La Plata - Argentina

## Resumen

Tengo con Bahía Blanca ese problema de la memoria selectiva. Siempre anhelo esos momentos tiernos en la cocina de mi casa, jugando a las cartas con mi mamá y mi hermana, escuchando música que pone mi papá. Pero siempre que voy, a los tres días quiero volver. La historia que les voy a contar no es la excepción a esta trampa, sino el extremo. La mismísima literalidad de la sensación<sup>1</sup>.

## Palabras clave

cuarentena, Bahía Blanca, camión ganadero, covid-19, TALP

La primera vez que escuché la palabra coronavirus, estaba en un comedor por kilo en el centro de la ciudad de Florianópolis. Hacía un esfuerzo por comprender el portugués que salía del televisor, mientras comía arroz con porotos, esa delicia de *feijoada*, típica de un almuerzo brasileño. Tuve portugués como tres años en el secundario, mi hermana que vive allá y he ido a verla, pero les puedo asegurar que cada vez entiendo menos. Sin embargo, con mucho esfuerzo, pude captar que había un virus muy contagioso y mortal en China. «Cosas de lxs chinxs», pensé. Como cuando una ola gigante inunda una ciudad en Australia.

Al otro día, ya estaba en la Argentina. Amo volver a mi país. No es que sea muy viajada, pero realmente aprecio la oportunidad de siempre volver. La gente, nuestros quilombos, el peronismo, la grieta, las chicas. No existe en el mundo mujeres tan lindas como las nuestras. Y no me vengan con que las brasileñas... no. No existe.

Ese mes de febrero fue muy intenso, como si estuviese de algún modo despidiendo la normalidad. Volví a trabajar, terminé el doctorado y festejé a lo grande. Recordamos, con mis amigas, que esa fue la última gran joda, de esas que por unos segundos el diablo se apodera de tu cuerpo, y ahí estás, haciendo lo que él quiere. Fuimos a un antro platense, de esos que hay uno por generación. La década anterior fue el *Viejo Varieté*. Pero éste, el de ahora, era mucho mejor porque pasaban cumbia. También había noches temáticas, por ejemplo, «la noche de los 90», protagonizadas por Britney Spears y Baksstreet Boys. Qué decirles, un lugar desopilante que espero esta pandemia no se lleve.

Y llegó marzo. Ese virus que había escuchado en portugués ya estaba entre nosotros. En los días que siguieron, como en un dominó, se fueron cerrando todos los espacios de socialización. Dejé de ir a trabajar a la oficina, no pude más ir a entrenar, tampoco juntarme con las chicas. «Bueno —dije— aprovecho

el fin de semana largo (pensando que pronto todo volvería a la normalidad) y me voy a visitar a mis viejxs».

Repetidas veces, durante el año pasado, tuve la fantasía de que algo así sucediera. No exactamente así –claro– pero estaba harta: de la gente, del trabajo, de la inercia. Cada tanto me encontraba en un sinsentido general, agotada y sin paciencia; imaginando largar todo y dedicarme a ajustar tuercas en una fábrica de aires acondicionados. Y como si alguien me hubiese escuchado, *pum*, cayó esta catástrofe. Es misteriosa la manera en que se manifiestan los deseos.

Hasta aquí, el panorama no era para mí tan malo y tenía unos días para desconectarme, aprovechando otra habilidad que tengo que son los descansos clandestinos. Enero y los sábados no son para mí, me ponen incómoda. Es como si alguien dijera «este es el momento de pasarla bien y divertirse». Y ojo con pasarla mal, te perjudicás el resto de la semana, o peor, del año.

Y me fui. Dejé a mi perra Pocha con Malena, una amiga, me acordé de apagar el termotanque, desenchufé todo y nos vimos.

En ese momento el virus estaba, pero no tanto. Se percibía que algo extraño estaba pasando, o estaba por pasar, pero todavía no tenía forma. Yo no tenía miedo, y mis viejxs tampoco porque me recibieron (hoy no me dejarían entrar). Fueron esas horas antes de que se decretara la cuarentena estricta; de hecho, cuando salí de mi casa con la valija rumbo a Bahía, fue el primer aplauso a la salud pública y tuve la impresión de estar fugándome. Lxs escuchaba, escondida de las miradas de los edificios, mientras esperaba a mi amiga Pauli que, muy amorosa, me llevó a la terminal.

Todavía no se usaban los barbijos, pero ese micro fue una verdadera fiesta de alcohol en gel. Asiento por medio unxs de otrxs, nadie se miraba con nadie. Y fue el último servicio de larga distancia del año.

Llegué a Bahía el viernes 20 de marzo. Alberto había hablado la noche anterior y había decretado la primera cuarenta por coronavirus en todo el territorio nacional. Entre otras cosas, los micros de larga distancia no funcionarían por el fin de semana largo, pero volverían a retomar la actividad el miércoles siguiente. «¡Estupendo!», pensé, mientras veía las noticias sentadita en la cocina de mi casa, con un matecito en la mano que todavía compartíamos.

Me sentía bien, hacía mucho me no me sentía tan bien. No me preocupaba la cuarentena porque se acomodaba a mis necesidades de descanso, y cuando estoy en Bahía me gusta estar en mi casa, así que hasta me servía para quedarme ahí, sin tener que poner excusas.

El primer día, dormí la siesta como tres horas y después salí a caminar. Me encanta caminar y en Bahía tengo, también, un recorrido fijo. Le pregunté a mi mamá si quería venir (siempre me dice que no, pero yo le pregunto igual). Salí sola, tipo 7 de la tarde. Un día precioso, hermoso. Mi mamá dice que marzo es el mejor clima en Bahía. No hay viento, no hace mucho calor y está verde. Porque Bahía sí que es compleja (ya sé lo que piensan...). Si hace frío, hace mucho frío. Si hay viento... siempre hay viento. Y si hace calor, cincuenta grados a la sombra, más el viento y la tierra.

Cuando me levanté, el segundo día, ya se oía en los noticieros el run run de que la cuarentena se extendería hasta el 31 de marzo, por ende, no habría micros de larga distancia hasta después de esa fecha. Y como un mantra, empecé la introspección: «Tranquila Clau, recién llegaste, no es para tanto, un día más, un día menos...»

Había dejado a la perra bien, con todo lo necesario. Me comunicaba con la cuidadora, ella me decía que estaba todo bien, que me quedara tranquila, que la estaban pasando bomba con la Pocha. Era una preocupación el tema de la perra, pero honestamente sabía que ella iba a estar bien. Más me hacía ruido

la frase con la que me despidió mi amiga Irina antes de partir de La Plata: «No te vayas que no vas a poder volver».

Es muy importante tener amigas brujas, pero no para esos momentos.

Para la tarde, el rumor de la extensión de la cuarentena ya era una certeza. Pero como mentalmente ya lo había trabajado, estaba todo bien, ahí, pero bien.

Esa tarde tuve compañía para la caminata. Mi hermana, la bahiense, me acompañó y nos pasó algo extraño. Primero, un verdulero nos grita que nos vayamos a casa. Después, un tipo desde un auto nos hace un gesto con la mano, cerrándola con los deditos y moviendo la muñeca, cómo diciendo ¿qué hacen? Y ahí nos dimos cuenta que: o no estaba permitido caminar o no estaba bien visto hacerlo. Lo cierto es que, con esta gente, devenida en guardiana de la calle, no íbamos a pasarla bien. Apuradas, completamos la vuelta y volvimos.

Esa noche, ya en mi casa, pensé en esa situación de la caminata, porque en definitiva era mi único espacio de soledad. Mi mamá, que en general está mucho tiempo en su casa, con la cuarentena, peor. Mi papá, que en general no está casi nunca, estaba todo el día ahí. Ya me costaba (en la normalidad) gestionar mis espacios de soledad, imagínense en esta situación. Y volvió el mantra: «Tranquila Clau, son unos días, recién llegaste».

El tercer día me levanté y ahí estaba, clavado el noticiero. En mi casa, la de Bahía, los canales de noticias están puestos 24/7, y no precisamente los más piolas. Empezamos, bien temprano, con Antonio Laje, después Mauro Viale y terminamos con Feimann (el malo), que está con el hijo Viale, que es mucho peor que el padre (de hecho, hace que quiera más al padre). Todo el día, cual pájaro carpintero, con la pandemia: que lxs infectadxs, que lxs muertxs, que el norte de Italia.

El tema de los noticieros es un asunto con historia en mi casa. En general coincidimos en verlos, el problema es que no los mismos. Mi viejo cree que él mira los objetivos y nosotras, con mi hermana la brasileña, miramos los

partidarios. Nos cansamos de decirle que, en todo caso, todos son ideológicos (y económicos) pero se hace el otro y, en definitiva, mira los que piensan como él y es su casa, ergo, respetamos. Me acuerdo una vez que con una novia alquilamos una casa en Monte Hermoso, y él fue e inmediatamente puso TN, y yo le dije: «¡No!, acá no». Es una anécdota familiar porque se lo dije con más vehemencia. Pero lo que me sorprende es esa naturalidad con la que maneja el control remoto. Yo no lo torturo con C5N, ni en su casa, ni en la mía. Pero él, con total impunidad, como si fuese lo normal, el sentido común, pum, te clava TN.

El caso es que, en ese contexto de cuarentena, no quería ver ninguno. Ni los de ellxs ni los nuestros. Me hubiese encantado hacer una maratón de películas como Mi pobre angelito o La muerte le sienta bien o Legalmente rubia, o fútbol; pero tampoco había fútbol. Ni siquiera el europeo, como ahora.

A decir verdad, ya venía medio incómoda con todo y cada vez que escuchaba lo de la prolongación de la cuarentena, se me cerraba eléctricamente un ojo. Sí, uno solo.

Ese día salí con mi mamá a caminar. Extrañamente quiso salir conmigo. Pienso —hoy— que me debe haber visto mal, por eso decidió acompañarme. En fin, decidimos hacer un trayecto más corto, más barrial, para evitar las increpadas. Por supuesto que no le había contado nada de lo que había pasado con mi hermana el día anterior, sino estoy segura de que no hubiese salido.

Esa tarde nos paró la policía y nos amenazaron con 15 años de cárcel. Claramente, mi mamá no iba a querer salir más conmigo y tampoco me iba a dejar salir a mí, que era la peor parte. Me quería volver a La Plata.

Al llegar la noche, la prolongación de la cuarentena empezó a cobrar cada vez más fuerza y empezó a circular la información de que se extendería hasta el 12 de abril. Ahí colapsé. La miré a mi mamá y le dije: «Mami, yo termino presa».

Definitivamente, no estaba bien. Me había convertido en una liberal / rompecuarentena, era todo lo que estaba mal. Lo único que quería era volver a mi casa platense.

Tres días habían pasado de mi llegada a Bahía, TRES DIAS, y sentía que estaba en un laberinto, incómoda, limitada, asfixiada. No podía mirar la tele que yo quería, no podía escuchar la música que me gustaba, y ahora tampoco podía caminar. Era el infierno, pero más que por el momento en sí mismo, me sentía mal por avizorar un futuro peor. Sentía que si no actuaba, cada vez sería más complicado volver.

Y también me sentía mal por mi vieja. Pensaba: «Hace prácticamente horas que estoy acá y me quiero ir a la miércoles». Trataba de esconder el malestar, pero mi mamá se daba cuenta y entendía perfectamente lo que me estaba pasando. A mi mamá la ponía mal verme así, descolocada. Si hubiese sido por ella, me daba un boleo en el centro del alma que me hacía llegar hasta el Melchor Romero.

Y el universo, esta vez, escuchó mi deseo casi literalmente. Sin sorpresas, ni distorsiones. Gustavo, el groso de mi cuñado, creció en Algarrobo, un pueblo a unos 80 km al suroeste de Bahía Blanca, por la Ruta Nacional 22. Algarrobo tiene más o menos 10 habitantes, la mitad parientes de él, y la mitad de esa mitad, camioneros.

Gustavo se entera que su primo Walter (camionero de Algarrobo) tenía, al día siguiente, un viaje a Buenos Aires y me preguntó si me gustaría viajar con él. Qué decirles, prácticamente ya estaba arriba de ese camión.

Walter salía al otro día –bien temprano– de Algarrobo y pasaba por las afueras de Bahía Blanca. Los camiones, creo que hoy en día todos los camiones, están controlados por un sistema de GPS que vigila la seguridad de la mercancía que trasladan y controla los posibles desvíos del camionero. De modo que teníamos

que interceptarlo en la ruta. Digo teníamos, porque adivinen quién me iba a llevar, bien temprano, a encontrarme con ese camión: el groso de mi cuñado.

Como toda capricorniana, me levanté bien temprano, honestamente ni dormí, y empecé a preparar todo en silencio, para que mi mamá no se despertara y me pusiera más nerviosa de lo que estaba. Pero Walter se demoró en llegar y, para cuando me tocó partir, ya estaba toda la casa despierta.

Mi mamá, que siempre está un paso más allá, me preparó todo para la aventura en camión: el mate, el termo, la yerbita, el alcohol en gel, el líquido, papel higiénico, frutas. Todas esas cosas en que solo piensan las madres y que en algún momento te salvan la vida o te hacen un poquito más feliz. Se acercaba Walter y Gustavo ya estaba afuera tocando bocina. Me subí y fuimos a interceptarlo. Atrás nuestro venía la policía. Les recuerdo que estábamos en la mañana del martes 24 de marzo, feriado, comienzo de la cuarentena estricta, con una sociedad –en aquel entonces– guardiana de la cuarentena y una policía empoderada.

La cuarentena estricta, o de fase 0, fue una política implementada por la Presidencia de la Nación para todo el territorio nacional, con el objetivo de reducir al máximo la circulación de la gente y controlar la propagación de contagios (que en ese momento era escaso) para, fundamentalmente, fortalecer el sistema de salud, que venía bastante deteriorado del gobierno anterior. Esta fue una medida que necesitó del control de las fuerzas de seguridad, específicamente de las policías provinciales. Sin embargo, esta participación, con muchos ejemplos en varias provincias, derivó en situaciones de abuso de poder: golpizas, desapariciones y asesinatos. Este era un tema importante para trabajar y transformar por el actual gobierno (que también el gobierno anterior nos había dejado como pesada herencia, cuando felicitaban a policías de gatillo fácil y encubrían a las fuerzas, antes de investigarlas), pero lamentablemente la



urgencia de la pandemia llevó a depositar responsabilidades en ellas, que evidentemente no estaban –aún– en condiciones de asumir.

En ese contexto, la persecución en mi cabeza era todavía peor, porque toda contaminada con los noticieros, era plenamente consciente de las limitaciones legales para circular y de la bronca que, en esos días, se había construido mediáticamente contra lxs que se habían ido a la costa atlántica a pasar el fin de semana largo. La frase instalada era «no lxs vamos a dejar volver». Y ahí estaba yo. ¿Qué diferencia había conmigo? Ninguna. Yo también había huido, cual porteñacéntrica, y ahora quería volver a La Plata.

Cuando me subí al camión, me encontré con Walter. La verdad es que si manejaba Jack, el destripador, me hubiese dado lo mismo. Pero a Walter lo conocía. Habíamos compartido un almuerzo familiar de primero de año en la próspera ciudad de Algarrobo. Lo recordaba como un personaje pintoresco. En ese entonces, se había separado recientemente, y recuerdo que mi hermana trataba de levantarle el ánimo diciéndole que lo veía mejor, liberado, que cuando estaba con la mina no era él, y todas esas pavadas que se le dicen a la gente que recién se separa.

Resulta que Walter era un gran jugador de dados: pícaro, ambicioso, competitivo. Eso me gustaba de él, y también que se preocupaba porque no faltase la cerveza.

Ahí estábamos con Walter, ¿qué nos podía pasar? Juntxs, teníamos un objetivo: llevar vacas a un matadero de Quilmes.

En muchos momentos del viaje, miraba a Marta. Así había bautizado a la primera vaca que se me aparecía por el espejo retrovisor gigante del camión. Era hermosa Marta, y yo la estaba llevando a la muerte. Me sentí mal, pero estaba tan en una, tan obsesionada con mi plan, que le pedí a Marta que, por favor, no me perturbara, que después iba a pensar qué hacía con la ingesta de su especie.

Atravesamos la provincia de Buenos Aires en seis horas. Walter, con una mano, trasladaba a 50 vacas, y con la otra, tomaba mates, me mostraba videítos de la hija, se ponía alcohol en gel y calentaba agua para él y para mí en una garrafa que viajaba entre las butacas del camión. Un capo. Claro que la ruta estaba desolada. Cada tanto, nos cruzábamos con otros camiones y policías. Las ciudades y los pueblos por los que pasábamos estaban todos cercados con montañas de tierra en las entradas secundarias, y en la principal, controles policiales, lo cual me llevaba a pensar en cómo iba a entrar a La Plata.

La noche anterior al viaje, esa noche que no dormí, había leído en un portal digital que el intendente de La Plata había hermetizado la ciudad porque todavía –allí– no había casos. Me pareció un poco exagerado, pero por lo que veía en los pueblos de la ruta, la situación iba a estar difícil. Walter no podía llevarme a mi casa, por la presencia invisible del GPS. Él no podía desviarse del recorrido y yo no tenía otro destino que terminar tirada en el corazón del conurbano.

Antes de salir de Bahía, le dije a mi mamá (para dejarla tranquila) que en el camino me iba a comunicar con mis amigas platenses con auto para que me vayan a buscar. Sin embargo, me parecía un despropósito para con ellas, porque era muy probable que las multasen por no tener motivo de estar circulando. No iba a hacer eso y confiaba en la posibilidad del tren. Mi mamá me había dado su SUBE para ese momento y era lo único concreto que tenía para llegar a mi casa.

Ya estábamos llegando al matadero y yo me imaginaba durmiendo con las vacas (o con las partes de ellas), hasta que de repente, como una aparición divina, como ese gol de Palermo contra Perú bajo la lluvia, como cuando se anunció la fórmula de Ixs Fernández, como cuando tuve ese sueño con Paula, vi venir al TALP.

Y me van a disculpar la interrupción, pero tengo que contarles del Transporte Automotores La Plata. El TALP es un servicio de media distancia que une La Plata con San Isidro, sin entrar a Capital. Alto recorrido de norte a sur y sur a norte por el lejano oeste del AMBA. Nunca hice el recorrido completo, pero tengo muchos recuerdos de haberlo abordado en situaciones adversas, como esa vez que el tren me dejó varada en Villa Domínico y tuve que juntar 8 pesos en monedas, que hoy parece una pavada, pero andá a juntar esa cantidad de monedas hace diez años atrás cuando 8 pesos eran un montón de monedas y todxs estábamos jeds de ellas para los micros.

El TALP que nos cruzamos desde el camión decía en el frente: San Isidro. De modo que hice el siguiente razonamiento: si éste va para allá, por acá tiene que pasar el que va para el otro lado. Y casi al mismo tiempo pude ver el nombre de la calle por la que circulábamos: Pasco. «Sí —dije—, esta es la palabra que tanto vi en los carteles del 338: por Pasco». Por acá tiene que pasar el de vuelta, no queda otra. Era una avenida enorme, una arteria importante, ¿por qué otro lugar iba a pasar? Pero con los micros nunca se sabe... Y me tiré del camión. Junté todo y a la calle.

Le pedí a Walter que me dejara en una parada de colectivos que estaba pegada a una estación de servicio, para que haya siempre gente. Todavía era de día, pero estaba oscureciendo y como era feriado pensé: este micro se va a demorar. Pasaba la policía y yo me hacía la otra, miraba seria para al frente y me ponía alcohol en gel. Me transpiraban las manos.

Me había puesto en los bolsillos todo lo que necesitaba, para no hacer malabares cuando apareciera el micro. Tenía, doblado, un permiso trucho para circular que me había hecho mi papá, que decía que había ido a Bahía Blanca a cuidar a mis viejxs, la SUBE, el documento y fe. Veinte minutos después, pasó el colectivo.

No me voy a olvidar nunca de ese frente luminoso. Era como un bolichebondi. Yo no veo de lejos, pero a éste lo vi a kilómetros. TALP La Plata, decía el frente, la gloria misma. El gol de Maradona con la mano. Suspiré, el aire me llegó hasta no sé dónde y volvió con fuerza.

Tenía poca batería, por eso y por cábala no veía el celular desde el camión. No quería contar nada, menos cantar victoria antes de tiempo, como el lobo. Quería hacer, llegar y después contar.

Me subí al micro con ese suspenso que te invade siempre de no saber el crédito de la SUBE, pero sabía que mi vieja no me iba a fallar. «A La Plata», le dije al chofer y pasé.

No había nadie en el micro y lxs que fueron subiendo se fueron acomodando lejos unxs de otrxs. Yo me senté en la ventana y la abrí, para que circule el aire. No sólo era una fugitiva de la ley, sino que también me escapaba del bicho.

Casi todo el recorrido nos fue siguiendo un patrullero y yo hacía fuerza con la panza para que no nos pare un control. Pensaba: «¿Qué me van a hacer? Tengo domicilio en La Plata, ¿me van mandar de nuevo a Bahía? A lo sumo me multarán. Lo peor que me pueden hacer es bajarme del micro. Con los pies para adelante me van a despegar de este asiento».

Estuve como dos horas ahí arriba, pensé que estaba más cerca, pero estaba bastante lejos porque el cole iba rápido y así y todo tardé un montón. Fui todo el camino tiesa. Atenta a esa luz del patrullero que perdíamos y volvía. En un momento, me tuve que cambiar de asiento porque subió uno que se sentó cerca y encima tosía.

Después de la recta eterna, los semáforos y las lomas de burro del camino Belgrano, entramos a La Plata. No sabía bien cuál era el final del recorrido de este TALP, sabía que una posibilidad era la terminal, pero no quería llegar hasta ahí porque, primero, se alejaba de mi casa, y, segundo, porque supuse que ahí iba a haber policías. Entonces, sin preguntar nada a nadie, me bajé en la Plaza

Belgrano. Caminé una cuadra y encontré un taxi. Todo estaba saliendo muy bien, yo pensé que ni taxis había. Seguía dura, concentrada, cada vez estaba más cerca.

Eran las ocho y pico de la noche, no pude llegar al Chino, pero sí al almacén que me vendió la cerveza con la que brindé por esta hazaña. Me sentía *Highlander*.

Entré, me lavé las manos y lloré. Besé todo lo que entraba en mis brazos. Se salvó la perra, que estaba en su *all inclusive* de fin de semana largo.

### Nota

---

**1** El texto tuvo la colaboración de lectura y primera corrección de Paulina Taborda (quien llevó a la autora a la terminal platense) y de Valentina Suarez Baldo (la «hermana brasileña»).